

como la divergencia de opiniones y de caracteres entre el esposo y la esposa.

Cuando llegue á tus brazos, ó echa un velo de crespón sobre mi frente, ó ciñela con la corona nupcial, y esa será tu respuesta á mis temores y á mis esperanzas.

EUFEMIA.

XXII

Modesta á Esteban.

Castillo de Valflores, Junio de 186...

Mañana, mi querido y buen hermano, es el día señalado para mi casamiento, y mañana también tendrán lugar el de Pablo de Hiestrosa y el de su hermana Eufemia.

Los dos herederos del castillo se casan en la capilla del mismo, suntuosamente decorada de alhajas de plata y oro, de colgaduras de terciopelo, de ramos de flores y coronas de azahar: el Obispo de la diócesis ha venido para darles la bendición nupcial, y los perfumes, las joyas, los encajes inundan el castillo, como si alguna hada, abriendo los artesonados techos, hubiera dejado caer en las espléndidas cámaras todos los tesoros de su reino.

Los dos hermanos van á llevar dos títulos: ya sabes que la señorita Eufemia se casa con el Conde

de Maceda, y que su hermano recibirá de su esposa el título de Marqués de Uelés: mi bienhecho-
ra, ve, pues, colmados sus deseos, dejando á sus dos hijos en el seno de esa grandeza en que han nacido y que tanto anhelaba para ellos.

Yo, hermano mío, me caso en la humilde iglesia del pueblo; su única gala, además de las modestas que posee, consiste en un mantel para el altar mayor, que yo he bordado, y que he prendido con dos lindos lazos rosa, simbolo de mis esperanzas, y en dos gruesos ramos de rosas y azucenas, puestos en dos jarrones de loza blanca, que han enviado las hermanas de Felipe.

Mi vestido es de muselina blanca y sencilla, y mi velo, de tul, sin bordados ni adornos de ninguna clase.

Pero ¡qué importa! Veré á mi lado á tu mujer, á mi querida hermana, que se ha separado de tí y de sus hijos para servirme de madre en esta solemne ocasión; veré risueña á toda la familia de Felipe, que me acoge con placer, y casi con gratitud, á mí, pobre y desvalida muchacha. Veré alrededor mio rostros alegres y satisfechos, ya que no vea esplendidez y riqueza. La hermana del señor cura es la madrina de mi boda; el padre de Felipe es el padrino.

Teresa me ha dicho que te escribirá mañana después de la ceremonia, y yo voy á hablarte por adelantado algo acerca de lo que me concierne.

Se pensó, al arreglar nuestra boda, en que Fe-

lipo y yo viviéramos en la fábrica y en compañía de toda la familia; pero su madre, que tiene un criterio muy sano, dijo con el dulce imperio que le es natural:

—No hay que pensar en eso; el casado, casa quiere: viviréis en la casita inmediata á la fábrica, que se alquilará para vosotros, y que después compraréis, si la suerte os ayuda.

—En ese caso, observó Felipe, mi hermana Bernardina puede venirse á vivir á nuestro lado y acompañará á Modesta.

—Ni imaginarlo, replicó su madre; el matrimonio á dos, es el cielo; á tres, no es posible. marido, mujer y los hijos de los dos, porque á los dos interesan igualmente; nada más; la mujer sola con su marido no tiene más mundo que su casa, y es toda de su compañero: si él tiene otra afeción, aunque sea un amigo íntimo, una hermana, ú otro interés de que ella no participe con la vehemencia que él, la esposa se halla vacío un lado del corazón, y es fácil que piense alguna vez con qué le llenará.

—¿De modo, madre, observó Felipe, que el hombre, al casarse, debe renegar hasta de las afeciones más sagradas?

—¿Quién ha dicho tal? exclamó la anciana; debe atenderlas todas y conservarlas, pero no interponer ninguna entre su mujer y él; mujer y marido son una sola persona, y, para demostrarlo, hizo Dios á la mujer de una costilla de su es-

posó; las oraciones de la Iglesia lo dicen:—Sea tu esposa de tu carne,—le dice á él.—Dejarás padre y madre para seguir á tu marido,—le dice á ella. En las oraciones de la celebración del matrimonio no se habla de otras personas ni afectos: conque no quieras tú reformar lo que Dios ha establecido.

—¿Es decir, madre, que no nos deja V. á Bernardina? preguntó Felipe.

—Para algún rato, sí; para vivir con vosotros, no; cuando Modesta desee compañía, que la llame; las ventanas de vuestra casita y las de la fábrica están muy cerca por el lado del huerto; y cuando le agrade más, que se venga ella con nosotros: la compañía es muy buena cuando no es impuesta ni embarazosa; de este último modo se detesta; sólo hay dos yugos dulces en la vida: el de esposa y el de madre.

Yo comprendí la verdad que encerraban los razonamientos de esta buena mujer, que, aunque sencilla campesina, discurre con el corazón, que á veces es el mejor de los consejeros.

Nuestra casita está ya primorosamente arreglada: todos los regalos de la familia de Felipe han consistido en ropa blanca de la mejor calidad y en alguna plata antigua, además de los muebles necesarios al adorno de nuestro nido: la sala, que es pequeña, tiene una sillería cubierta con persa de fondo blanco con dibujos azules; de la misma tela son la colcha y la colgadura de la cama, así como las grandes cortinas que caen delante de la venta-

na: sobre la mesa, cuyo tablero es de piedra blanca, se halla colgado, por medio de cordones azules, un espejo ovalado, con marco de madera negra: un reloj de bronce oscuro del mejor gusto artístico, y dos copas para flores, completan el adorno de la mesa: suspendidos en la pared hay cuatro receptáculos de porcelana para flores, que ocupan ventajosamente el lugar de cuadros medianos: estos receptáculos pueden contener agua, y todos los días pondré en ellos floras frescas, que esparcirán un grato y dulce perfume.

Cuatro rinconeras, en forma de columna, sostienen copas de yeso, de tan bella forma, que parecen halladas en algún poético palacio romano.

Tal es la habitación más lujosa de mi casa: dentro de esta florida y graciosa salita está mi gabinete de tocador y de labor, que es bastante grande y está decorado de persa rosa, brillante como el raso: contiene una cómoda, un lavabo, un secreter, el tocador, adornado de cortinas blancas, y una mesita para la labor y para que Felipe lea ó escriba á mi lado ó enfrente de mí: ¡qué gratas veladas pasaremos aquí, yo bordando ó cosiendo, y él leyendo en voz alta, alumbrados por una lámpara de globo blanco adornado con hojas de hiedra! A las once, una modesta cena, ó si comemos tarde, una taza de té, pondrá fin á la velada, y el sueño tranquilo de una conciencia sin sombras dividirá el día presente del que le siga.

¡Oh santo, noble y bienhechor trabajo! ¡oh

modesta y apacible medianía, que llevas contigo el orden, la paz, el sosiego y el bienestar! Vosotros, generosos protectores de la humanidad, sois desdeñados porque no sois conocidos! ¡Vosotros habéis cubierto con vuestras alas el techo conyugal de mis hermanos y las cunas de sus hijos! ¡No me dejéis jamás, deidades tutelares de mi familia! ¡Suaves y silenciosos amigos, recibid hoy las acciones de gracias que os envío de rodillas, y mi promesa de amaros y respetaros siempre!

Adiós, Esteban; mi cocina necesita aún que yo vaya á fijar algunos clavos, y en el comedor me está llamando á gritos un armario vacío que reclama la modesta loza blanca que ha de servir en nuestras frugales comidas. Ya te contaré mi vida de casada; y entretanto, no temas á las tempestades de mi corazón; si las hubo, se han ahogado en el lago azul y tranquilo del deber, que jamás se turbará. Dios está por mí y conmigo: de pié en el umbral de la vida me dispongo á recorrer mi camino, apoyada en el brazo de un compañero digno de mí.

MODESTA.

XXIII

La Marquesa á Eufemia.*Castillo de Valflores, Junio de 1865.*

Recibirás esta carta, hija mía, casi en el momento de subir al coche para venir á mis brazos, y á no ser por haber retardado tu viaje dos días, no hubiera llegado á tu poder.

Me dices en la tuya «que te ruboriza haberme escrito que no podrías amar á Germán, porque ahora estás apasionada de él.» Yo no comprendo que conmigo te ruborices por las contradicciones de tu corazón, pues nadie como yo puede comprenderlas y excusarlas.

Muchas veces te he recomendado la reserva, es decir, la conveniencia de no franquear casi á nadie el santuario de tu corazón; todos en general, y la mujer en particular, deben guardar un rinconcito del mismo, velado, no con la helada cortina del disimulo, sino con el perfumado velo del pudor; este rinconcito, hija mía, sólo para tres seres debes tenerlo siempre visible.

Para Dios, padre amoroso y juez recto de todas las criaturas.

Para tu madre y para tu esposo.

No debes descubrirle á nadie más; pero en tal estado de pureza tienes que conservarle, que tam-

poco debes temer nunca enseñarle á esos tres seres que te he nombrado.

Que haya en él desigualdades, sombras y luz, ¿qué importa? la campiña y el cielo no están exentos de ellas; el campo tiene sus montañas pobladas de árboles y flores, y sus bosques llenos de sombras, y en el cielo las nubes fingen muchas veces colinas y praderas.

Dios, que ha dado á sus obras tonos diversos, los ha dado también al alma de la criatura, que es su obra maestra; todo el que siente es algo variable; y de nada he desconfiado tanto en mi larga vida, como de esos caracteres perfectamente iguales, empalagosamente dulces, eternamente inalterables, monstruos compuestos de impasibilidad é hipocresía, de astucia y de durezza, y que suelen ser, con muy raras excepciones, ovejas con piel de lobo.

Algunas mujeres he conocido así, y lo que es más terrible aún, algunas jóvenes de muy pocos años: ¡ay del ser vehemente y sensible colocado al lado de esos vampiros del alma! ¡Esas criaturas fatales tienen algo á la vez del sapo y de la culebra; de aquél, por la inutilidad y torpeza que aparentan; de ésta, porque la imitan en sinuosa, rastrera y callada marcha!

Esas personas sin arranques acusan como criminales á las que son apasionadas y sensibles; detestan por instinto la inteligencia, la belleza, la elegancia, todo lo que es fresco, puro, adorable y

encantador; envidian con encono todo lo que no poseen ni pueden poseer jamás, y, como otros tantos gusanos negros, procuran marchitar todas las bellas flores que han tenido la desgracia de nacer á su lado.

No tienen talento, pero su malicia hace con frecuencia las veces de tal y le suple con ventaja; no se atreven á la calumnia, pero la falsedad reside constantemente en sus labios, y saben cómo han de dejar caer alguna gota de veneno, para que hiera como un dardo mortal.

Yo he estudiado todas las variedades de la especie femenil, y he visto con terror la de que te hablo; he pedido á Dios mil veces que tuvieras una naturaleza desordenada por las pasiones, más bien que una naturaleza helada, ruin é impenetrable; prefiero, hija mía, que tus impresiones se sucedan con la rapidez de las ondas en el mar en una tarde tempestuosa, á verte con la impasibilidad de las criaturas que acabo de describirte; y sin embargo, éstas son las que pasan en el mundo por virtuosas, y tú tienes que refrenar con especial cuidado tus impulsos si no quieres exponerte á perder, ó comprometer, á lo menos, tu reputación.

No tienes malicia, y el talento no basta en muchas ocasiones de la vida.

Tu ardoroso cerebro se herirá en todos los ángulos que la existencia ofrece; tu corazón se desgarrará á fuerza de decepciones, y correrás en vano

buscando otro que responda al tuyo; y en medio de tantas penas, de tantos dolores, de tantas tempestades, serás inocente, ó poco menos, y la maledicencia se cebará en tí sin compasión.

El rayo, hija mía, no hiera á las zarzas que levantan poco de la tierra, sino á la altiva y majestuosa encina que sobresale entre la multitud de arbustos que forman la espesura del bosque.

Prepárate, pues, á una lucha constante, pero ignorada y silenciosa; prepárate á batallar con el mundo entero, y lo que es aún más amargo, á batallar contigo misma.

Llamarán á tu altivez, mal carácter; á tu veracidad, insolencia; á tu sentimiento por lo que es bajo y vil, falta de tolerancia; á tu dolor, exageración y comedia; y cuenta con que así te juzgarán la que creas tu mejor amiga, tu hermano, tu esposo, quizá hasta tus hijos; todos, menos yo.

Felizmente te casas con un hombre superior: si Germán fuera sólo una medianía, estabas perdida; pero su mano experta te guiará; es fuerte y valeroso, y será el primero en sostenerte y guardar consideración á tu debilidad; tiene gran corazón, y sabrá apreciar y comprender el tuyo; posee un talento profundo, y esa irresistible simpatía que es la base, no del matrimonio, sino del eterno amor, se establecerá entre vosotros y os hará más bien amantes que esposos.

Y no obstante, mi amada niña, tu marido te hará sufrir, á tu parecer, muchas sinrazones que

te irritarán, porque eres vehemente é irreflexiva cuando habla tu corazón, del que siempre has sido esclava; cuando te sientas colérica, reza, hija mía; la oración nos eleva por encima de las cosas visibles, apaga nuestros resentimientos, alivia nuestros dolores y nos da valor para las pruebas más duras; la mujer ó el hombre que no reza, renuncia á toda comunicaci6n con su Dios.

La plegaria es como la respiraci6n del alma; la Providencia, á la cual nos dirigimos, nos oye siempre, y siempre está pronta á escuchar nuestros votos, nuestras quejas, nuestros remordimientos y la expresi6n de nuestro deseo de emprender una vida mejor.

Después de la oraci6n te recomiendo la reflexi6n y la paciencia; para cuando te sientas ofendida por tu marido, graba en tu alma esta santa verdad:

«La venganza más noble, la más deliciosa, es el perd6n.»

El hombre deja de serlo en tanto que se deja dominar de la cólera; sólo colérico puede faltarte tu marido, y tú no puedes ni debes guardar rencor á un pobre sér, víctima de una de las más dolorosas y ciegas pasiones; piensa en que una sola vez se goza del placer de vengarse, pero siempre es uno feliz con la idea de no haberse vengado.

Esto te lo digo, Eufemia mía, porque sé que tu marido es violento; á pesar de todas sus nobles y bellas dotes, se parece á tí; es, como tú, impe-

tuoso y vehemente, lo que es un mal, sobre todo para la parte más débil, que eres tú; por tu parte acuérdate de que la cólera empieza por la locura y acaba por el arrepentimiento.

No te hablaré ahora de tus deberes para con la sociedad, sino de los que tienes hacia tu marido, pues desde el primer día tienes que poner la primera piedra en el edificio de tu dicha, ó no lo habitarás jamás; hay muchas esposas infelices por haberse casado siendo niñas y careciendo de una madre cariñosa que las instruyera y las guiara con inteligencia y ternura; las desgraciadas han caminado á ciegas, y si han estado dotadas de tu temple, han corrido á su perdic6n después de una vida ilena de lágrimas y dolores.

Tú no debes temer al porvenir: yo existo; confíate á tu anciana madre, y sigue creyendo en su amor y en su experiencia.

No quiero hablarte ahora acerca de tus proyectos de fausto y de lujo; á una novia le está permitido correr por los aéreos jardines de la fantasía; luego hablaremos de esto.

Te espero con tu traje de novia extendido sobre tu lecho nupcial; es de raso blanco; el velo, de encaje; la corona, de jazmines y azahar.

La indisposici6n de tu tía ha retardado dos días las tres bodas, pues tampoco Modesta ha querido ir al altar hasta que llegues tú.

Cintia y Pablo te abrazan, como lo hace tu madre

ANA.

XXIV

Teresa á Esteban.

Castillo de Valflores, Junio de 1865.

Esta mañana, mi querido Esteban, se han verificado los tres matrimonios, que, como ya te anuncié, se habían retardado por una indisposición de la Baronesa, tía de Eufemia y de Pablo, que no ha venido á las bodas para no abandonar la casa de Madrid.

Las dos bodas opulentas han tenido lugar en la capilla del castillo; la de nuestra Modesta, en la iglesia de la aldea y con poca concurrencia, porque las gentes acudían á ver á los novios del castillo; sin embargo, nuestra hermana ha estado rodeada de toda la familia de su marido, y yo representaba á nuestra buena madre, que tanto la quería; además, todos los menesterosos de la aldea, á quienes ella socorre, se han agolpado á su paso deseándole felicidad y llenándola de bendiciones.

Las dos parejas del castillo reúnen todas las condiciones de fortuna y de belleza que te puedes imaginar: no sabré expresarte, mi buen Esteban, el contraste encantador que formaban las desposadas: Eufemia tiene los cabellos oscuros y los ojos negros, y aterciopelados de una joven vene-

ciana: su cutis, rosado y puro, es de una belleza virginal y llena de frescura: su frente, cargada con el espeso cabello que forma lujosas ondas, parece modelada por las de la estatuaria griega: su continente es algo frío, y sus maneras un tanto altivas, sencillas, nobles y destituidas de toda afectación.

Cintia se asemeja á una de esas princesas del Norte que nos pintan las baladas alemanas; sus cabellos de un rubio pálido, sus ojos azules, rasgados y coronados de largas pestañas doradas, su boca rosada y melancólica, todo su sér, en fin, está respirando debilidad, ternura y una naturaleza blanda y fácil de manejar.

He oído decir que esta pobre niña conserva de su madre un tierno é imborrable recuerdo, y que le escribe lo que le sucede en un diario que luego guarda en una caja que contiene su retrato.

¡Cuán grande habrá sido el aislamiento del corazón en que esa criatura se haya encontrado, para escribir así sus impresiones á una persona que ya duerme en la tumba!

Pero déjame, Esteban, que te hable de *los nuestros*: yo estoy contenta, y la alegría, desbordando de mi corazón, va hacia el tuyo, atraída por la corriente magnética de nuestro amor: sí, estoy contenta porque presiento para mi hermana una suerte tan feliz, que sólo pido al cielo otra igual para nuestras hijas.

Felipe no es un simple trabajador: es más bien

un industrial distinguido, y al mismo tiempo un hombre inteligente y bien educado: ha viajado y ha vivido en París, no en medio de los vicios, sino en medio del trabajo honrado, que enaltece el alma y robustece el cuerpo: á una belleza varonil, noble y expresiva, reúne ese vigor y esa energía que da el trabajo manual, á la vez que su fisonomía vivaz y simpática revela la inteligencia y la sensibilidad.

Felipe lee, dibuja y compone buenos versos: habla el francés y el inglés: sabe vestirse, y sabe también razonar y obrar como hombre bien educado y como trabajador infatigable.

Día llegará, amigo mío, en que la sociedad, más ilustrada, comprenderá que los maridos como Felipe son los que convienen á las jóvenes de la clase media, y que el hombre á la vez laborioso é ilustrado es mejor compañero para la vida que el que se adorna con los vanos oropeles de una pobreza vergonzante y disfrazada.

Modesta ha hallado lo que tan pocas tienen la dicha de encontrar; lo que vulgarmente se llama la media naranja; lo que tú, mi Esteban, en tu bello y culto lenguaje, llamas *el alma gemela*. Modesta no hubiera querido por esposo á un hombre depravado, por alto que fuese su nacimiento, porque esos seres entregan al mundo sus riquezas y su corazón y se quedan tan pobres y míseros interior como exteriormente; por otra parte, sus gustos delicados, su naturaleza poética y su excelente

educación le hubieran prohibido aceptar por marido á un trabajador inculto y grosero. La Providencia, que jamás deja sin recompensa á la virtud, ha puesto á Felipe en el camino de mi hermana, y ambos serán tan dichosos como lo somos nosotros.

Ya sabes que en nuestras dulces veladas, en nuestras largas conversaciones después de acostados nuestros niños, hemos discurrido juntos acerca de muchas cosas, y que hemos convenido en que los buenos no quedan jamás sin recompensa; sí, tú me has dicho en varias ocasiones, con la doble persuasión del talento y del cariño:

—Teresa mía, las buenas acciones no quedan jamás sin su premio: el camino recto es el mejor y más corto; los malos lo saben también, y por eso toman la apariencia de la virtud para llegar á sus fines; y si prosperan alguna vez, es porque con cualidades ficticias saben cubrir hábilmente lo que encierran de bajo y de vicioso.

Felipe no tiene nada que fingir ni ocultar; posee un corazón recto y un juicio sano, y con estas dos cosas se avanza siempre en el camino de la vida.

Une en tu pensamiento, á las bellas y sobresalientes cualidades de Felipe, las encantadoras de Modesta, y convendrás conmigo en que la dicha más pura, la calma más perfecta, el bienestar más tranquilo han de presidir en este matrimonio; cada uno guardará su sitio y respetará el del otro; cada uno llevará su parte á la ventura conyugal.

Hay además entre ellos otro elemento poderoso de dicha: los deberes de cada uno se opondrán á una intimidad continua, y el trabajo los separará; porque aun entre dos personas unidas por el más tierno y profundo amor, se necesitan grandes recursos de talento para que el cansancio no se coloque entre ambos, para que el fastidio de una incesante conversación no enfrie el sentimiento; es preciso, es indispensable que el estudio, el trabajo y la observación renueven las ideas.

Nosotros, mi bueno y querido esposo, no nos hemos fastidiado jamás: siempre hemos empezado el día saludándonos, al despertar, con una sonrisa y con una dulce mirada, pues nuestros ojos y nuestros corazones se abrían al mismo tiempo; después del desayuno, el trabajo nos separaba; por la tarde, y á la hora en que debías volver, tu Teresa disponía coquetamente la casa, su atavío y el de sus hijos, para recibirte: ¡qué agradable y larga era la comida, aunque se componía sólo de los más pobres y usuales manjares! Por la tarde te entregabas á tus tareas de dibujo ó de copias, para seguir ganando el pan de la familia, y luego te enviaba á paseo; á las ocho tenía lugar la cena con los niños, y después quedábamos solos los dos, yo cosiendo, tú leyendo en alta voz, que yo admiraba por su timbre sonoro y dulce á la vez, y que tanto aumentaba el valor de la lectura.

Ya iré muy pronto, Esteban mío, para anudar el hilo de nuestra envidiable y tranquila vida,

que, á Dios gracias, tenemos la esperanza de llevar hasta la tumba para ir después en busca de la eterna, porque las dulzuras legítimas nos dan la esperanza del cielo.

No hemos recorrido, por cierto, nuestro bello camino sin hallar obstáculos, fatigas y decepciones, que traen consigo días de desaliento; pero, al mirarnos, la tranquilidad ha reinado en nuestras almas, y mientras caminemos apoyados el uno en el otro, no puede faltarnos el valor.

Adiós, mi querido y buen Esteban: mi corazón no se ha separado de tí ni de nuestros hijos; abrázalos por mí muchas veces; yo ansío veros á todos, y sin la seguridad de conseguirlo pronto, estaría muy triste; adiós otra vez y mil, y hasta que pueda dártelo, recibe con el pensamiento un abrazo de tu

TERESA.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.